

Antonio Cruz Domínguez

Decano en Ciencias de la Información

*Fiestas en honor de
Nuestra Señora del Rosario
(Barrio de Vegueta)*

Pregón

*Las Palmas de Gran Canaria 27 Septiembre
de 1998*

más popular de los anunciadores de fiestas que en Gran Canaria ha habido, a quien Vegueta (el barrio de San José) perpetuó su memoria con un monolito en la C/Eufemiano Jurado, antiguo Callejón de la Horca...

Son recuerdos y vivencias que, aquí y ahora, mueven el corazón de este periodista que habla, en sus sístole y diástole que transforma su sangre en tinta de escritura de pregón. Porque, en el fondo, el pregón es sentimiento, es poesía humana. Como el niño es pregón de la vida. Una flor, el pregón de la naturaleza. El agua es el pregón de los campos. La salud el pregón de la alegría. La carrera recién terminada de un estudiante es el pregón de su vocación profesional. Las fiestas, cualquier fiesta, doméstica o social, son un pregón de amistad. Son un pararse en el camino y proyectar nuevas ilusiones. El pregonero de este año no es más que un periodista... Pero ser periodista es, de alguna manera, ser pregonero que anuncia una novedad, algo nuevo, la noticia; es -o debe ser- impulsor de paz y concordia; emisario de convivencia... Por eso, aquí y ahora, periodista y pregonero parecen confundirse, y es difícil fijar dónde comienza o termina cada uno de ellos. Por eso, el pregonero quiere anunciar la novedad de una alegría, como un sol mañanero descubre un día espléndido. El pregonero quiere tener alas de paz, como la paloma sencilla, sin saberlo, y volar despertando afectos y querencias. El pregonero quiere ser cantautor y ponerle música a las lágrimas de la tierra canaria, de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, del barrio de Vegueta... El pregonero quiere ser poeta para arrancar el alma de las gentes de su tierra, de su pueblo, de su ciudad, de este barrio de Vegueta. Y sabe el pregonero que el alma de la gente se arranca entregando la propia alma. Por eso, el pregonero, aquí y ahora, quiere entregar su alma para que se transforme en voz de mensaje para quienes lo escuchan.

Señor Comendador.

Querida Ana Justa, presidenta de la Asociación de Vecinos Alta Vegueta, y compañeros de junta directiva.

Mi querido Pedro González Rosales, presente en espíritu aquí y en nuestro corazón, alma mater de estas fiestas, a las que sigues apoyando desde el Cielo, allí junto a la Virgen, dispuesto siempre a todo para que aquí no falte nada.

Ciudadanos de Las Palmas de Gran Canaria.

Grancanarios todos.

Señoras y señores.

En el principio fue el Nombre. El Nombre fue, desde el principio, más grande que lo nombrado. Parecía haber existido siempre en el reino eterno de la poesía y vagado durante siglos sobre este mundo en busca de objeto que fuera digno. Cuando llegó el momento, el Nombre descendió en alas de la inspiración, para alojarse en un lugar tan primitivo y humilde, tan incipiente e ignorado, que apenas era un anhelo de existir.

Junto con el Nombre, como a causa de él, alcanzó vida el establecimiento del indígena de la Isla.

Pero el Nombre era tan grande y tan bello que, impetuosamente, trascendió de su objeto prístino.

Volando arropó las montañas, cubrió raudo llanos y laderas, fluyó en el viejo Guiniguada, penetró la selva, avanzó torrencial y al otro lado se encontró con el mar que le rodeaba... Era una Isla y su nombre fue Canaria. Pero el Nombre quería para sí algo más que una Isla. Siguió mar adentro. Y lo encontró a su gusto: Grande, rico, hermoso. Fueron 6 islas más y todas éllas juntas entendieron que tenían mucho en común.. Espléndida síntesis del ancho mundo que, aquel Nombre, había estado contemplando.

Luego encontró un pueblo, aún mejor y más grande que la Isla. Uniéronse los tres -Isla, Pueblo, Nombre- e hicieron Canarias, las Islas Canarias, con amalgama de heroísmo.

El Nombre calzó su justo molde. Aquella Isla, redonda, llamada Canaria fue, así, cascarón de Canarias, dulce musical nombre de una tierra buena y valerosa, con vocación de grandeza. Por eso se llamó Gran Canaria, un nombre suyo por antonomasia. Un nombre que, por único y auténtico, ha sido y es inalienable... Y Canaria se llamó Gran Canaria.

Y, en el margen sur de un riachuelo llamado Guiniguada, la Gran Canaria tuvo una Vegueta. Y la Vegueta escuchó a la Naturaleza quien la recompensó condensando en élla la sinfonía del viento y las olas cernida a través de la espesura vírgen, donde se asentó el castellano, enviado de los Reyes, en 1478. Y allí, el castellano pronunció un nombre, bello y musical, con sabor a Tierra, a mar y palmeras: fue el Real de Las Palmas...

Y Vegueta entró de lleno en su existencia definitiva, con la límpida satisfacción de haber cedido lo que de ella se deseaba y haber logrado por sí misma la más plena compensación: quedar para siempre como lugar noble de la primera ciudad del Archipiélago en la posthispanidad. Vegueta trazó el rasgo fundamental de su destino. Su generosidad se vio compensada con el establecimiento de las principales instituciones -Cabildo, Audiencia, Inquisición, Regente...- Desde entonces Vegueta ha sido, y es, lugar de desarrollo de vida cultural de muy definidos entornos propios. Por su senda ha fructificado una rica producción literaria y científica y un verdadero culto por los valores estéticos, que alcanzaba e influía todos los sectores de la población y todos los matices de la vida urbana. Vegueta ha emprendido con éxito la búsqueda de sí misma. A valerse de sí misma.

Vegueta ha sido compendio, nexo de unión, de cultura, arte, ciencia, tradición. Por eso Vegueta, sobre todo la Alta Vegueta, con su centro en Santo Domingo, desde hace unos años ha reanudado la celebración de sus fiestas en honor a Nuestra Señora la Virgen del Rosario -antaño las principales de la ciudad. Son fiestas que combinan el más firme y apasionado regionalismo y el más consciente y elevado grancanarismo, que constituye, al mismo tiempo, la base y el vértice de esa pirámide valórica y sociológica que gustamos llamar canariedad.

La canariedad tomada en su sentido exacto. Porque esencialmente, todos somos canarios (administrativamente, incluso también son canarios los que no han nacido en las Islas; el *Estatuto de Autonomía de Canarias*, en su artículo 4, apartado 1, dice que "gozan de la condición política de canarios, los ciudadanos españoles

que, de acuerdo con las Leyes Generales del Estado, tengan vecindad administrativa en cualquiera de los municipios de Canarias). Esencialmente, pues, todos somos canarios; pero existencialmente, sólo son canarios quienes conservan el espíritu, el estilo de la canariedad. Un estilo de la canariedad que, según el ilustre paisano Francisco Aguilar y Paz, tiene cuatro características: el 'ensimismamiento', 'el silencio', 'el cansancio' y 'la ausencia de la prisa'... El 'ensimismamiento' es como una caída, de pronto, en si mismo. Ensimismarse es vivir en si mismo, estar en si mismo. Y se está en si mismo cuando lo exterior ya no nos llama con sus voces múltiples, porque el exterior no tiene sino una sola voz. Siempre la misma. Hombres y cosas nos son tan conocidos que ya no los vemos sino que nos lo representamos. Hasta las estaciones, que se turnan, insensiblemente, en un clima de constante primavera... Pero el ensimismado es hombre dado y preparado para el pensamiento. Por eso, en el ensimismado se da un estilo de vida que produce la expresión lírica. La expresión poética, con la que eternizamos nuestro sentir ante las cosas, que son siempre las mismas, y ante las cuales lo verdaderamente pasajero somos nosotros...

El silencio se da, normalmente, en quien tiene la capacidad de ensimismarse. Silencio que, al mismo tiempo que nos hace oír a los demás, nos permite oírnos a nosotros mismos. El silencio, cuando habla no desangra las palabras, sino que las consagra. Habla cuando tiene que decir algo. Si no, calla.

El cansancio. El suave cansancio. No la cansera desesperada, sino la que se produce en un clima ideal. Cansancio no consecuencia de un esfuerzo, sino connatural con uno mismo y que es como una dulce llamada a no hacer, o, mejor dicho, a dejar hacer y del cual se retorna con nuevas energías.

Consecuencia de las anteriores, el canario no suele tener prisa. Bebe su vida a sorbos. Lenta la palabra, lento el gesto, lenta la andadura. Los que no nos entienden, es decir, los que toman sólo la 'apariencia', no la realidad nuestra, la llaman 'aplatanamiento'. Lo que ocurre es que los canarios somos gente de acción no escandalosa, sino contemplativa. No tener prisa quiere decir que hay que hacer la obra bien hecha. Por ello, este no tener prisa siempre hace llegar muy lejos. Estamos pregonando las fiestas del Rosario de Vegueta. Y la fiesta es una de las facetas de la actividad nuestra ante la vida... La fiesta hace vibrar el alma colectiva. Es una incitación a desviarse de la rutina diaria para revivir días generosos de alegría. Porque la fiesta es un sano, ilusionado y alegre regocijo con que el pueblo quiere ganarse la voluntad de su tierra y le muestra su cariño en un ritual donde la persona se hace protagonista, en alegre y gozosa relación con la divinidad... Porque sin la creyente comunicación ritual entre el hombre y la divinidad no hay fiesta propiamente dicha. La fiesta es la *luz de domingo* que da tan bello título a un cuento de Ramón Pérez de Ayala... La fiesta es el resultado de proyectar hacia el exterior el radiante gozo íntimo del alma de quienes con autenticidad celebran el día de fiesta. Porque la fiesta es del alma; y en la fiesta el pueblo se reconoce a si mismo como si estuviera delante de un espejo anímico, cuando se ha visto retratado en su vida más íntima y de un modo potencialmente perfecto.

La fiesta del Rosario de Vegueta la creó el pueblo. Tuvieron su inicio en 1605, cuando Jerónimo de Valderrama y Tovar, gobernador de Gran Canaria, promovió la constitución de la Cofradía de Nuestra Señora del Rosario con objeto de resaltar la resonante victoria de los españoles en Lepanto, el 7 de Octubre de 1571, contra el amenazador poderío de la armada turca. A partir de esta fecha, la Cofradía, con sede en el convento de Santo Domingo de Las Palmas, conmemoraba la impar gesta, año tras año, con salmodias y rezos. Una festividad eclesiástica a la que el pueblo llamó de La Naval, según el doctor Antonio Rumeu de Armas, director de la Real Academia de la Historia. Pasados tres siglos, la exclaustación de religiosos regulares, por decreto del ministro Mendizábal en 1835, los frailes de Santo Domingo cerraron las puertas del cenobio y la conmemoración festiva se vio interrumpida. Pero, entonces, los vecinos del Puerto de la Luz se proclamaron herederos de la tradición marinera, asentaron el culto en la ermita de Nuestra Señora de la Luz y renovaron las fiestas religiosas y profanas de La Naval. Y aquí, en Vegueta, la fiesta se ha retomado desde hace unos pocos años. Por tanto, la fiesta del Rosario de Vegueta, en la Gran Canaria, la creó el pueblo.

Y todo lo que, como la fiesta, crea el pueblo y en él vive, una vez creado lo conserva, recibéndolo de generación en generación por medio de la tradición; de un modo a la vez inconsciente y voluntario por derivarse tanto de lo que constituye su esencia como de lo que se traduce en su existencia. Y la fiesta del Rosario de Vegueta es, en su esencia, canaria; y en su existencia debe responder, por tanto, al espíritu de la canariedad, al estilo de la canariedad, en la conjunción del gozo y alegría con la comunicación ritual de la veneración a la Santísima Virgen del Rosario.

La romería-ofrenda del sábado próximo, día 3 de octubre, debe ser exponente de la esencia de lo canario y de la existencia de la canariedad. Acudamos todos. No vayamos solos, sino en familias, para constituirnos en pueblo unido, sin categorías sociales que lo distingan. Todos anónimos. Todos en generosa participación... En participación espontánea, participación ingenua, en participación sencilla.

Participemos en la fiesta de Vegueta como pueblo que tiene vida, surgida de miles de corazones que laten con intenso ritmo, al mismo ritmo de las danzas y cánticos de nuestra tierra, en versos deshojados sobre el regazo y el fondo armonioso de las guitarras. Coplas revoloteando sobre el fanfarrón escándalo y el estallido delirante de los timplillos, conscientes de que sólo por los bellos caminos de nuestras canciones (isas, folías, malagueñas, seguidillas, saltonas, tajarastes, polcas, tangos y sirinoques) se llega antes que por ninguna otra parte a nuestro corazón. Porque antes que historia, nuestra Gran Canaria, nuestras Islas Canarias, fueron poesía; y continúan siéndolo a través de las guitarras y los timplillos y las 'chácaras' y de los cuatro versos de una copla y de los giros parsimoniosos o vivaces de las danzas, que en la romería del próximo sábado, en Vegueta, también toman formas de oración.


Vivamos la fiesta del Rosario de Vegueta. Revivamos en ella el espíritu y el estilo de la canariedad, ese algo vivo que existe, como nosotros mismos, gracias a los

nuestros. Gracias a nuestros muertos, a quienes tanto hemos de deber siempre, pues si bien las generaciones desaparecidas son historia, también siguen siendo energética para el futuro, que es el hoy y el mañana. La canariedad, con su carga de vida ya secular, es portadora de aquel tono existencial, del estilo, de la fuerza vital de toda una estirpe...

Escuchemos cada día el latido del cotidiano ensanchamiento de la esencia de lo canario... Nutrémonos cada día de la rica y sanguínea vitalidad de la esencia de lo canario... Compartamos cada día la juvenil pujanza de la esencia de lo canario... Nada de lo que vive está acabado. Vengamos todos a la fiesta del Rosario de Vegueta. Participemos. Sintamos que la canariedad no está muerta. Vivámosla y contagiémosla.

¡Felices Fiestas!!

Las Palmas de Gran Canaria, domingo 27 de Septiembre de 1998



Antonio Cruz Domínguez
*Licenciado en Ciencias
de la Información (Periodista)*